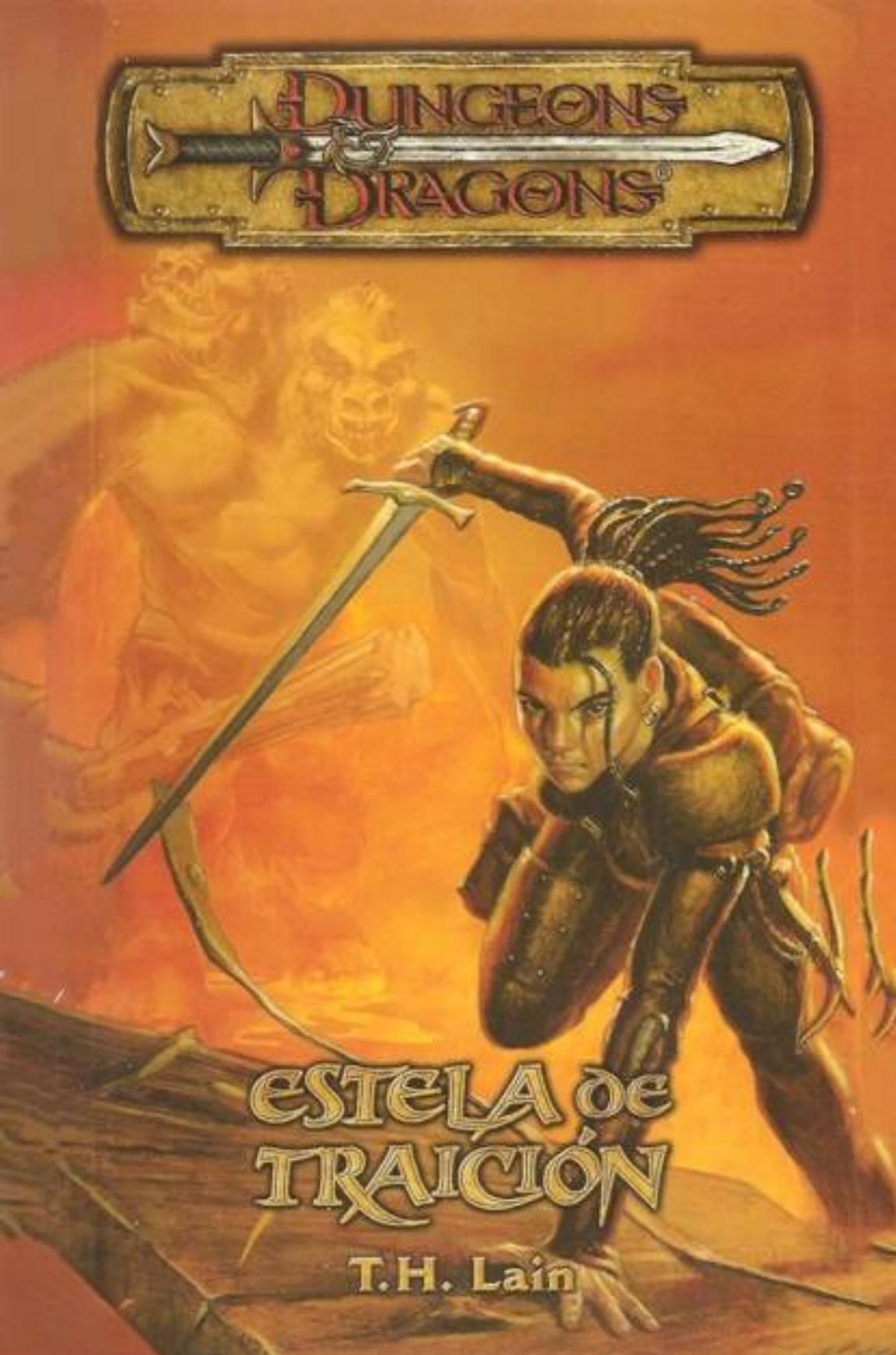




DUNGEONS
&
DRAGONS®



ESTELA DE
TRAICIÓN

T.H. Lain

Un barco ha naufragado en unas costas heladas. Un mago, desesperado por recuperar un objeto mágico de su carga, consigue la ayuda del Gremio de Ladrones.

Pronto descubren que el naufragio no ha sido ningún accidente. El rastro del artefacto lleva a bosques helados, bribones salvajes y enemigos insospechados.

Los héroes pueden cumplir su contrato pero ¿podrán sobrevivir a las consecuencias?

PRÓLOGO

Vientos aullantes azotaban los aparejos del barco mercante y olas espumosas zarandeaban el barco de un lado a otro, cada una de ellas amenazando con estrellarlo contra las rocas. El mástil crujía contra la fuerza de la galeada y los bordes de las velas chasqueaban en el viento.

Era un barco grande según todos los estándares, una nave de transporte, otra de tantas que navegaba por la costa. En las profundidades del casco, una caja ornamentada rompió sus ataduras y se deslizó por la bodega. Era larga, estilizada y una escritura de trazo largo la cubría por todas partes: el tipo de contenedor que suele reservarse para los objetos mágicos.

—Venga —gritó el capitán Jabarra a sus hombres mientras forcejeaban para recoger la escota mayor—. ¡Moveos, o no aguantaremos mucho más!

El nombre de Jabarra era conocido por toda la Costa Cruenta. Serio pero justo, siempre intentaba emplear sólo a los mejores marineros, y la reputación de una paga generosa hacía que su tripulación le fuera ferozmente leal. Una habilidad asombrosa para encontrar la carga más lucrativa le había convertido en un hombre rico, y su hábito de no hacer preguntas también había contribuido a ello.

Jabarra no estaba interesado en saber de dónde venía la caja, sino a dónde debía llevarla. El oro que le pagaron

para llevarla a Nueva Costa era tan bueno como cualquiera a ojos del capitán.

—¡Con cuidado! ¡Maldita sea! —le gritó al timonel.

Los nudillos del piloto estaban blancos por la fuerza con que agarraba la rueda del timón para mantener el barco lejos de la costa. Jabarra apartó al hombre a un lado y agarró la caña del timón. Este trecho de costa se había cobrado muchas vidas y era conocido por su mar agitado y sus tormentas impredecibles. Muchos almirantes perdieron la vida y la de su tripulación en este laberinto de piedras afiladas. Los esqueletos de una gran cantidad de hombres, algunos de los cuales se contaban entre los amigos de Jabarra, yacían enterrados bajo la arena. Todo el barco se estremecía con la tremenda fuerza del temporal.

—¡Hará falta algo más para arrastrarme al fondo! —gritó Jabarra a la tormenta.

En un risco que se levantaba por encima de este drama, Yauktul miraba a Gretsch y Murgle, que sopesaban un peñasco. Gretsch acunaba la piedra en su brazo derecho y Murgle palmeaba la superficie de granito. El viento azotaba los ropajes de piel de la criatura, llevándose el hedor de su piel llena de costras y escamas. Yauktul, con su propia piel cubierta de pelaje moteado y enmarañado, se sintió agradecido por el respiro del hedor pútrido del ettin.

La repentina tormenta facilitaba el trabajo del comandante gnoll. El peñasco sería una guindilla perfecta para la ya sabrosa muerte del barco. Yauktul jugueteó con la idea de dejar que la naturaleza le hiciera el trabajo, pero se lo pensó mejor. Nunca era recomendable hacer enfadar a un ettin. Asintió al corrupto gigante.

Con un aullido, el ettin lanzó la enorme roca, que descendió hacia el barco que tenía debajo, haciéndose cada

vez más pequeña hasta golpear con un sonido sordo, apenas audible en medio de la tempestad.

A la siguiente mañana, mientras la marea bajaba, se descubrió un montón de madera rota y cuerpos destrozados en la playa. En el casco del barco aún podía leerse su nombre. Las letras eran tan altas como un hombre y escritas con la fluidez de una mano hábil: *Traición*.



La luz rojiza del sol poniente tiñó de rosa el manto nevado que cubría las calles de Nueva Costa. Los tenderos de todo el distrito del mercado cerraron las puertas y las contraventanas ante el cielo amenazador, que se oscurecía con indicios de vientos nocturnos fuertes y otra nevada recia.

El invierno golpeó vengativo la Costa Cruenta, azotándola con sus tormentas en sus días cada vez más cortos. Las temperaturas empezaron a descender después recoger la cosecha y las nieves tardaron poco en llegar. Por toda la región, los granjeros sacaron sus tiendas de colores brillantes y las desempolvaban en preparación del vívido festival de la cosecha, aunque incluso la alegría del solsticio de invierno era sólo una breve pausa del amargo frío. Apenas

hubo tiempo suficiente para recoger la cosecha y celebrar rápidamente su riqueza antes de que empezaran a caer los primeros copos. Pronto toda la región estuvo cubierta de blanco.

En la plaza del mercado de la ciudad, tanto los ermitaños como los mercaderes empaquetaron sus mercancías para volver a sus chozas o a sus casas. Los carros cargados de grandes montones de mercancías recorrían las estrechas calles de la ciudad, tirados por equipos de mulas demasiado ansiosas para escapar del aire frío. Los aristócratas jóvenes se envolvían en gruesas capas de piel para correr a sus lujosas casas, o para abandonarse a los placeres ilícitos del distrito del muelle. Todos los habitantes de la ciudad se movían como si tuvieran un solo objetivo: encontrar refugio.

Todos, claro, menos uno.

Una figura ligera se deslizó sin ser vista entre los ocupados habitantes de Nueva Costa. La mujer mediana, vestida con una túnica de cuero modesta y envuelta en una capa de color gris apagado, pasó sin que la vieran entre las mareas de humanidad que iban de un lado a otro por las calles animadas. Caminaba con suavidad por la nieve en polvo, sin dejar apenas huellas como señal de su paso. El hábito llevó a la mujer por calles menos transitadas y callejones.

Si bien medía algunos pies menos que las otras razas principales de la tierra, la mujer mediana era una criatura esbelta y musculosa. Llevaba la capucha de su capa puesta, escondiendo sus rasgos bellos y el pelo rizado y suelto. Tenía sus pies pequeños enfundados en botas de cuero con la suela lo suficientemente gruesa para mantener el frío y la humedad del suelo nevado en el exterior, pero no demasiado, para que pudieran actuar casi como una segunda piel y asegurar la firmeza sobre cualquier terreno. De su hombro, con una tira de cuero, colgaba una ballesta. La munición del arma estaba firmemente colgada en el centro de su espalda. También tenía varias pequeñas dagas y cuchillos ata-

dos a su muslo y bajo la parte frontal de su armadura, bien ocultos de ojos indiscretos.

La mujer se detuvo junto a varios barriles apilados en el callejón. Pasó una mano sobre los bordes ásperos de la pared del edificio, agachándose para descansar las piernas y recuperar el aliento, tomándose un minuto para ver a la gente que iba y venía entre la multitud.

La ciudad de Nueva Costa era una metrópolis bulliciosa según los estándares de la Costa Cruenta. Se aprovechaba de su situación como eje principal para los barcos del continente de Auralis, hacia el norte. Sus nobles aplicaban un complejo código de impuestos y tarifas sobre todos los artículos que pasaban por la región en su camino hacia los reinos más lejanos. Las espadas y las armaduras de las tierras enanas del sur estaban en cajas, esperando junto a las hierbas y especias raras de las tribus bárbaras del oeste. Velas y jabones, pieles y lienzos delicados, alimentos secos y comidas raras congeladas en estado de estasis mágicamente inducido, todo pasaba por su puerto.

La carga humana del puerto no era menos diversa e interesante. Los mercaderes de todo tipo y descripción llenaban las calles del distrito de los muelles durante el día, regateando y embaucando con sus precios o intentando encontrar cargas perdidas. Multitud de chicos jóvenes corrían por los muelles buscando monedas caídas o acosando a los capitanes atezados para que les dieran trabajo. Los marineros borrachos se tambaleaban por las calles durante el día y mantenían a la guardia de la ciudad ocupada por la noche. Las primeras luchas surgían por rutina y más de un alma emprendedora vivía confortablemente apostando sobre el resultado de altercados, tanto planeados como espontáneos.

Agachada en el callejón, la mediana, Lidda, lo captó todo, deleitándose con lo que veía y oía. Entre la escoria marinera se sentía bastante como en casa.

Un hombre elegantemente vestido llamó la atención de Lidda. Iba envuelto en una capa escarlata rebordeada de piel y sus botas parecían de cuero del bueno. El estómago le colgaba por encima del cinturón y la cintura le caía en gruesas capas de piel de un modo que lo distinguía de los flacos mendigos que apartaba a un lado mientras recorría la calle. Algunos mechones de pelo gris revoloteaban en su cabeza, por lo demás calva. La gente se acumulaba ante él, pero usaba su libro de contabilidad como un escudo para abrirse camino.

Lidda esperó hasta que el hombre pasara. Estaba buscando una abertura en la multitud que le permitiera fundirse en ella sin ser detectada. Un carro arrastrado por caballos bajando por la calle le ofreció la distracción que buscaba. En las calles de Nueva Costa, cuando se cerraban los negocios con una tormenta en el horizonte, cada uno iba a la suya. Estaba claro que el cochero se tomaba esa creencia al pie de la letra. La gente de la calle se apartaba a los lados mientras el carromato pasaba retumbando, apretándose contra los edificios y metiéndose en los callejones. El banquero levantó el puño al cochero y murmuró entre dientes, pero se unió a la multitud que se apartaba del camino.

Lidda salió disparada de detrás del montón de barriles y se unió al grupo a pocos pasos detrás del hombre. Registró la circunferencia del ceñidor de cuerda que mantenía su capa cerrada mientras sacaba disimuladamente una daga de la funda en su muslo. Después, con un salto, Lidda se lanzó contra el cuerpo voluminoso del banquero y su mano se deslizó por el corte de la túnica.

—Perdón —murmuró, apoyando el brazo en el hombre como si quisiera recuperar pie—. Debería tener más cuidado.

Lidda se deslizó entre la presión de la gente y hacia el callejón del que había venido. Con una bolsa de monedas en la mano. Rio entre dientes y se mezcló en la multitud del otro lado del callejón, fuera de la vista de su víctima. Se

oyó un grito desde la otra calle, pero la picara ya se había ido. Dejó las monedas en un bolsillo de su túnica y se apresuró calle abajo.

Después de todo, tenía asuntos más importantes que atender.

Separador

El gremio de ladrones de Nueva Costa ocupaba un edificio de piedra grande y elaboradamente decorado en los límites del distrito del mercado. Lo edificó un mercader rico hacía casi un centenar de años y la estructura le sirvió como casa y negocio durante los primeros cincuenta años de su vida. Desde entonces se convirtió en el cuartel general de uno de los gremios de ladrones más poderosos de la costa, aunque mantenía la apariencia de su propósito anterior. Para la mayoría, simplemente se trataba de uno de los muchos almacenes que contenían artículos mercantiles.

El anterior propietario había sido una especie de emprendedor que sacó provecho de los primeros días de la primera guerra de los enanos contra los trolls. Su suerte finalmente se acabó y una serie de malas decisiones en los negocios hicieron que se enfrentara a los miembros fundadores del gremio. El hombre les dio las escrituras del edificio y una deuda impagada de juego a cambio de conservar nueve dedos. Fue, como dirían los maestros gremiales, un trato con beneficios mutuos.

Muy poca gente conocía los negocios «oficiosos» que tenían lugar tras los muros del gremio. El edificio funcionó como almacén y centro de intercambio de información, pero la mayoría de bienes que pasaban por él eran robados. Unos cuantos políticos de la ciudad estaban asociados al gremio y utilizaban sus servicios cuando se acercaban las elecciones, atribuyéndose el mérito de limpiar las calles de cortabolsas y rateros.

Lidda se acercó a la puerta del gremio. La puerta medía casi nueve pies de alto y estaba reforzada con gruesas tiras de hierro. Las tallas ornamentadas del ocupante anterior habían sido limadas y la puerta era bastante sencilla. Palmeó la bolsa de monedas de su túnica y llamó a la puerta. Una pequeña sección de madera se deslizó en el centro de la puerta, a algunos pies por encima de la cabeza de Lidda. Un momento después se cerró de nuevo y una puerta similar, esta vez a la altura de los ojos de la mujer mediana, se abrió.

—Nombre y ocupación, por favor —pidió una voz severa desde el otro lado del agujero.

—Me llamo Lidda —contestó—. Tengo tratos con Eva Pedernal.

—Sí, miseñora te esperaba hace una hora. Llegas un poco tarde, ¿no?

—Surgieron otros negocios importantes —contestó la mediana—, de modo que, si fueras tan amable de abrir...

Lidda oyó el funcionamiento intrincado de varias cerraduras y cerrojos y el gemido de madera contra madera al abrirse la puerta. Entró.

El interior del gremio era tan impresionante y magnífico como su exterior. Los pesados bloques de piedra bien cincelados revelaban los orígenes enanos del edificio: cada piedra encajaba con su vecina con gran precisión. La iluminación tenue procedente de candelabros de pared situados a intervalos regulares añadía una sensación ominosa, y Lidda notaba que todos sus movimientos estaban siendo escrutados por un observador invisible, que sin duda la observaba a través de un diminuto agujero. El portero, un hombre de aspecto adusto, bajo y con postura inclinada, se aclaró la garganta.

—Sígueme, por favor —dijo, con la voz todavía baja pero con un tono de urgencia—. Cuidado con la tercera losa de ahí a la derecha —dijo, apuntando a una sección del suelo—, está un poco suelta.

Lidda dio un amplio rodeo a la piedra, sólo pudiendo suponer qué tipo de trampa se activaría. Lidda no tenía ninguna duda de que había una trampa. Siempre que consiguieran evitar la prisión o la muerte, la mayoría de picaros finalmente llegaban a encontrarse bajo el apadrinamiento de un gremio. Hasta que eso sucedía, las redes de ladrones clandestinas podían ser igual de peligrosas para los nuevos carteristas como las autoridades. Habiendo esquivado las celdas de la prisión y las puñaladas por la espalda, Lidda sabía que contactarían con ella tarde o temprano.

Para ella, temprano había sido sólo unos días antes.

La habitación de Eva Pedernal era mayor y con una decoración más impresionante que las otras del gremio. La maestra gremial estaba sentada tras un gran escritorio de roble, hojeando un libro de contabilidad encuadernado en piel. El único adorno del escritorio era una vela y un Frasquito de tinta. Eva cerró el libro mientras Lidda entraba en la habitación. La luz de la vela añadía tonos amarillos al pelo corto y rojizo de la mujer. Las mangas cortas de su blusa suelta dejaban ver músculos bien definidos. Si no hubiera estado sentada, Eva se habría alzado imponente por encima de la cabeza de Lidda. Su cara era severa y angulosa, pero no exenta de atractivo.

—Llegas tarde —dijo Eva con aspereza, levantando las dos patas delanteras de la silla y poniendo los pies sobre el escritorio.

—Sí, lo siento, miseñora —dijo Lidda, avanzándose y sacando la bolsa de monedas del interior de su túnica. Lanzó la bolsa hacia el escritorio, donde aterrizó con el agradable sonido de moneda contra moneda—. Habría venido antes, pero estaba ocupada con otro negocio que creí apreciaráais.

—Bueno, al menos veo que respetas el protocolo del gremio, por más que tu noción del tiempo esté un poco alterada. Ese banquero con el que «negociaste» es un cliente habitual del gremio que se ha retrasado en sus pagos. Me

has evitado una visita desagradable —Eva torció una de las comisuras de la boca hacia arriba, pronunciando sus palabras mientras miraba a Lidda de arriba abajo—. Esto todavía podría funcionar.

Así que, se dio cuenta Lidda, la habían seguido durante ese día y probablemente durante muchos días antes. Tenía sentido, ya que el gremio había contactado con ella, no al revés. Aún así, se sentía incómoda por haber sido la parte del roedor en un juego del gato y el ratón. Era una situación a la que la pícara no estaba acostumbrada y definitivamente no disfrutaba.

—Estoy contenta de que aceptaras mi oferta de encuentro —siguió Eva—. Odiaría tener que hacerte expulsar de la ciudad, o algo peor. Creo que encontrarás la asociación con el gremio muy ventajosa.

Eva se levantó y se movió hasta una puerta lateral. Abrió la puerta y entró un hombre anciano. Llevaba una túnica larga de color azul y encordonada con dibujos bordados con hilos de plata. Era claramente del tipo que llevan los usuarios de magia. A juzgar por las arrugas profundas de su cara era muy viejo, y Lidda sabía que, en lo que se refiere a los magos, la edad avanzada y la cantidad de poder a menudo iban de la mano.

—Permíteme que te presente a Horacio Wotherwill —dijo Eva mientras el hombre entraba.

Wotherwill se adelantó y cogió la mano de Lidda. A Lidda su piel seca y arrugada le recordaba a la de un goblin por su aspereza y tuvo que luchar contra el impulso de apartar la mano.

—Estoy seguro de que estás encantada de conocerme —dijo Wotherwill—, pero, por ahora, dejemos la diversión a un lado. Tenemos asuntos importantes que tratar.



— ¡ **N**o iré!

El puño carnoso de Krusk golpeó con fuerza sobre la mesa, enviando una catarata de cerveza negra por el borde de su jarra de loza y haciendo que las cabezas de los clientes de esa tarde en el Tapón y el Filo se giraran. Incluso entre una pandilla tan abigarrada como la que estaba reunida en la cantina, no había nadie interesado en cruzar la mirada con un par de semiorcos que discutían. Los ojos volvieron rápidamente a los platos de comida.

Malthooz se apartó de la mesa. Aunque era tres años mayor y casi su igual en físico, Malthooz era su opuesto por completo. Sus ojos recorrieron las tachas de acero en el cuero endurecido de la armadura de los hombros de Krusk y después bajaron hasta la cruel daga que tenía atada al

antebrazo con una vaina de fabricación casera atada con gruesas cintas de cuero. Echó un vistazo a la enorme hacha que descansaba apoyada en la silla de Krusk, y después a su propia mochila humilde, llena de libros. Volvió a levantar la mirada mientras Krusk escondía su ceño fruncido tras su jarra.

Ambos eran grandes según los estándares humanos, pero Krusk era grande incluso para ser un semiorco. Su cuerpo estaba cubierto de músculos tensos y delineados, perfeccionados a lo largo de los años debido a la vida dura y a muchas batallas. Su cara mostraba varias cicatrices, la más fea de las cuales le iba desde debajo de la oreja hasta la barbilla. Se trataba del recuerdo de una pelea con un ogro que casi le costó la vida, pero que a cambio le proporcionó un hacha mágica de doble hoja.

Malthooz no era tan corpulento. Aún podía vencer a cualquier hombre en una lucha sin armas, pero era torpe e inexperto en el arte del combate. Desde que era niño, le habían atraído más los libros que las espadas. Malthooz a menudo era el objetivo de los chistes y las bromas de los otros niños bárbaros. Sentía el agujonazo de la crueldad incluso más agudamente debido a la brecha que se había creado entre él y Krusk durante los últimos años.

Ambos hombres tenían la piel gris verdosa de un semiorco y los reveladores colmillos salidos en su mandíbula inferior. Su piel estaba cubierta de parches con pelos gruesos y negros. Tenían un aspecto duro pero no eran feos. Según estándares no humanos podían ser considerados atractivos. Entre los humanos, los semiorcos a veces eran tolerados, pero raramente bienvenidos. Krusk y Malthooz, sin ninguna relación más allá de la raza, habían encontrado un hogar en una villa de descastados. Fue allí, entre la población mezclada de humanos, elfos, enanos e híbridos, que su herencia compartida creó un lazo que se aproximaba al familiar.